

Diálogo entre Martí y Maquiavelo: lectura de *Nuestra América* bajo el prisma de *El Príncipe*

Por Jaime GONZÁLEZ-OCAÑA*

1

AMÉRICA —HISPANOAMÉRICA— tiene que olvidarse de las influencias extranjeras y concentrarse en dar respuesta a los elementos particulares, a los factores idiosincrásicos que definen su peculiaridad histórica-cultural. Hispanoamérica, y sus naciones, tiene ante todo que “regresar” a lo indígena e integrar las diferentes entidades raciales que conforman el continente en una identidad conciliadora que respete lo amerindio y lo amalgame con lo negro y lo europeo. La América hispana debe superar los sufrimientos y padecimientos nacionales de siglos de sumisión y la desgraciada falta de comprensión de sus propios elementos identitarios; debe abrirse hacia un futuro acorde a su molde propio, molde especial y genuino; la originalidad de América requiere una forma política nueva y original. Hispanoamérica —sus políticos, sus intelectuales, pero también sus jóvenes y su “masa” (el pueblo llano)— deben abrazar el poder transformador de las ideas, entender que la salvación está en crear algo nuevo (“crear es la palabra de pase de esta generación”), pero hacerlo a través de la más absoluta unidad (“con un solo pecho y una sola mente”). La América hispana, nuestra América, tiene que sobreponerse sin miedo y sin odio a los instintos colonialistas predadores del poderoso vecino del norte. Tiene, en fin, que fomentar una visión conciliadora y optimista del ser humano y de las relaciones internacionales; es decir, debe creer en “la identidad universal del hombre” y promover “la unión tácita y urgente del alma continental”.¹

Tal podría ser, resumido, el catálogo sucinto de temas principales que emergen del zarzal modernista de *Nuestra América*, y

* Docente e investigador en las áreas de lengua española y lenguas clásicas, literaturas hispánicas y literatura comparada; jefe del Departamento de Lenguas Modernas y Clásicas de Brunswick School, Connecticut, Estados Unidos; <jgonzalez-ocana@brunswickschool.org>.

¹ José Martí, *Nuestra América*, en *id.*, *Ensayos y crónicas*, 2ª ed., José Olivio Jiménez, ed. e “Introducción”, Madrid, Cátedra, 2012, pp. 165-167.

que componen la visión panamericana de dicho ensayo de José Martí. Destacan en primer lugar en esta visión —mejor se debería decir: destacan en primer lugar en la articulación martiana de esta visión— tres líneas maestras que constituyen tres aspectos importantísimos, concomitantes y entrelazados. Primero, llama la atención el candente tono de inmediatez que transmite el ensayo; es decir, la presentación de la problemática hispanoamericana como un proceso en tiempo *real* y en gestación *actual*. Segundo, enfatiza Martí la necesidad apremiante de adaptar la acción política y social a una idiosincrásica realidad histórica, producto del particularismo y originalidad del proceso histórico-cultural hispanoamericano. Tercero, Martí ve como una obligación el confrontar presupuestos teóricos a circunstancias reales —los planteamientos abstractos a la realidad *in situ*.

Nacen aquí, en estas tres líneas maestras, los primeros puntos de intersección entre la articulación de ideas en *Nuestra América* y el planteamiento intelectual e ideológico de *El Príncipe* del célebre estadista florentino Nicolás Maquiavelo.

2

Los traductores y críticos de *El Príncipe* han afirmado con insistencia que la obra se centra con intensidad en la cuestión de *los inicios*. ¿Cómo levantar una nueva entidad política desde cero, que nazca prácticamente de la nada y saque provecho del momento oportuno en el que la coyuntura histórica (“la fortuna”) y el liderazgo (el príncipe y su “virtud”) cristalicen y coincidan en total armonía? “Es en el principado nuevo donde se encuentran las dificultades”, escribe Maquiavelo en el tercer capítulo.² La casuística concreta a la que Maquiavelo aplica todo su esfuerzo intelectual es la constitución de la unidad nacional de Italia, cuya división interna, argumenta, es un mal crónico que causa debilidad política, miseria social, pobreza económica e incapacidad total para defenderse ante los grandes ejércitos de las naciones-Estado vecinas, en particular del imperialismo insaciable de Francia y España.

² Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe/La Mandrágora*, 8ª ed., Helena Puigdoménech, ed. y trad., Ana Martínez Arancón, est. preliminar, Madrid, Cátedra, 2003, p. 75; como referencia a la versión en italiano utilizamos la edición electrónica de Niccolò Machiavelli, *Il Principe*, Darwen, Lancashire, Reino Unido, Plutone Edizione Digitali, 2010.

Esa pregunta que insistentemente resuena durante la lectura de *El Príncipe* (¿cómo empezar de la nada la nación italiana?) puede trasladarse con simetría casi perfecta al marco de *Nuestra América*, pues en la prosa de Martí se insiste en la apremiante necesidad de creación de entidades nacionales iberoamericanas armónicas y progresistas. Urge, según Martí, romper bruscamente con un pasado que nada bueno ha aportado al sueño panamericano. Cristaliza dicha urgencia demiúrgica en pasajes precisos: “Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”.³ Y también en un pasaje posterior: “El pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la solución está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación”.⁴

Necesidad de crear, de ser creador: la *tabula rasa* de la independencia enfrentó a Hispanoamérica a una serie de dificultades que, a juicio de Martí el 1º de enero de 1891, fecha de publicación del ensayo, aún no han encontrado respuesta política e ideológica adecuada. Tanto el deseo de reinventar la realidad hispanoamericana como el rechazo del *statu quo* están íntimamente anclados en la convicción de que los modelos existentes no responden a la idiosincrasia o particularismo de la coyuntura histórica-cultural del momento. Martí (como Maquiavelo en el caso de las repúblicas italianas) reconoce la imposibilidad que tienen las naciones hispanoamericanas para forjar entidades nacionales exitosas y saludables: “De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas” como la inglesa, la francesa o la estadounidense.⁵ La regeneración total de Hispanoamérica ha de suceder al margen de las influencias y modelos extranjeros: “Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano”.⁶ Dicha regeneración sólo tendrá éxito si con base en el conocimiento real del peculiarismo hispanoamericano “se ponen en pie los pueblos y se saludan: ‘¿Cómo somos?’, se preguntan, y unos y otros se van diciendo cómo son”.⁷ Desde el punto de vista político, Martí explica el fracaso de tiranía y república por su incapacidad para

³ Martí, *Nuestra América* [n. 1], p. 160.

⁴ *Ibid.*, p. 165.

⁵ *Ibid.*, p. 159.

⁶ *Ibid.*, p. 164.

⁷ *Ibid.*

responder a las situaciones particulares de la realidad americana: “¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?”.⁸ En un pasaje muy cercano a la dialéctica de *El Príncipe*, Martí denuncia lo inadecuado de los sistemas políticos del siglo XIX hispanoamericano: los tiranos de América han subido al poder “y han caído en cuanto les hicieron traición” a los hombres “naturales”, que se niegan a someterse a un régimen que les daña. Las repúblicas han fracasado por su falta de conocimiento de “los elementos verdaderos del país”.⁹ Viene a la mente la urgencia reformista de *El Príncipe* para el bien del pueblo, su crítica explícita tanto a la monarquía, que sistemáticamente degenera en tiranía, como a la república. Eso sí: frente a la indefinida entelequia panamericana de Martí (acusado de tener ideas originales carentes de organicidad y sistema),¹⁰ Maquiavelo aboga por la unificación efectiva de Italia bajo un nuevo principado mixto, cuyo poder nazca de la voluntad popular, pero que tome cuerpo en la virtud gobernante del nuevo príncipe.

3

ENTIENDE Maquiavelo que en ese convulso proceso demiúrgico el peor mal en el que pueden caer los dirigentes de una entidad política nueva es faltar a la verdad. “El mal que persigue a dirigentes y naciones es [el crear] representaciones imaginarias”, así resume el filósofo francés Louis Althusser la postura del autor de *El Príncipe* a este respecto.¹¹ O, en palabras de la traductora Helena Puigdoménech, al tratar del príncipe “no vale imaginarlo; lo que cuenta es la realidad, y el programa político hay que adecuarlo a esta realidad si se quiere que sea útil”.¹² Hay abundantes ecos de esta idea en el texto de *Nuestra América*. Martí sostiene que co-

⁸ *Ibid.*, p. 161.

⁹ *Ibid.*, p. 160.

¹⁰ Se ha denunciado esa característica del pensamiento martiano como “cosmovisión fragmentaria”, expresión perteneciente a la profesora Susana Rotker, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 158.

¹¹ “The evil that harms rulers and peoples is imaginary representations”, Louis Althusser, *Machiavelli and us* (1995), François Matheron, ed., Gregory Elliott, trad., Londres, Verso, 1999, p. 8.

¹² Maquiavelo, *El Príncipe* [n. 2], p. 53.

nocer los factores reales del país “basta, sin vendas ni ambages”, porque “el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella”.¹³

Este postulado —que la verdad es sagrada y que negarse a ver la realidad como es presupone el fracaso del dirigente político— tiene dos consecuencias directas. La primera es la necesidad de estudiar la situación *in situ*, y de calibrar presupuestos teóricos frente al “aquí y ahora” de la historia real. Escribe Martí a este propósito: “Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales, que las ideas absolutas, para no caer en un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas”.¹⁴ La segunda consecuencia es la convicción profunda de que la acción política —si ha de lograr ese radical objetivo deseado, la unificación exitosa de la nación italiana; el establecimiento de un espíritu panamericano que ponga los cimientos del “despegue” histórico de nuestra América— conlleva acciones radicales y drásticas que muchos no tienen coraje para llevar a cabo. De las recomendaciones que Maquiavelo hace derivar de esta premisa nace la fama peyorativa, como cínico manipulador del poder, que ha acompañado a *El Príncipe* desde finales del siglo XVI. Citemos, entre otras recomendaciones moralmente criticables, las siguientes: es admisible el uso de una crueldad extrema por parte del nuevo Príncipe en caso de que dicha violencia sea necesaria; el miedo al Príncipe es más útil que la propia bondad de dicho Príncipe; el Príncipe debe hacer aquello que mejor le convenga o que haya que hacer en cada caso, pero debe disfrazarlo como un favor especial para el pueblo; si tiene que cometer un crimen o traicionar su palabra por el bien del principado, el Príncipe debe hacerlo sin dudar pero no anunciarlo con antelación; el éxito crea más devoción que la bondad; si debe imponer medidas drásticas, el Príncipe debe hacerlo de golpe porque es más doloroso si lo hace en forma paulatina... Y así sucesivamente.

Aunque idealista, no es menos cándida la visión martiana de la realidad. Se levanta Martí, como Maquiavelo, contra los gobernantes apocados y débiles, y contra todos aquellos conservadores que cataloga, con brillantes imágenes, de “sietemesinos” del espíritu o “pensadores canijos”. El liberarse de la historia miserable

¹³ Martí, *Nuestra América* [n. 1], pp. 161 y 160, respectivamente.

¹⁴ *Ibid.*, p. 165.

y dolorosa, el crecer —el subir “a tramos heroicos la vía de las repúblicas”— requiere valentía para enfrentarse a los escollos de la fundación nacional. Martí denuncia a esos “delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres”.¹⁵ *Ser hombre* asume la necesidad de enfrentarse a la realidad y tomar medidas drásticas contra los opresores del espíritu indígena (en el caso del pasaje que acabo de citar) o panamericano (en general), y acudir al conflicto armado y a la revolución si todos los demás caminos se han cerrado. Era Martí, según la definición de José Olivio Jiménez, “pensador fuerte, viril, cargado de la recia savia ética de su solar hispano”.¹⁶ Y no sólo predicó, sino que murió por llevar a la práctica él mismo esos postulados que perfila en *Nuestra América* y que dramática y elocuentemente evoca en su poema “Dos patrias”: “Ya es hora / de empezar a morir [...] El universo / habla mejor que el hombre”.¹⁷

4

QUEDA abordar la cuestión clave del marcado carácter idealista que ambos textos, *El Príncipe* y *Nuestra América*, poseen. En el caso de *El Príncipe*, frecuentemente la crítica une al adjetivo *idealista* la etiqueta de *utópico*. *Romántico* es un término unido a menudo a *idealista* para describir *Nuestra América*.¹⁸ Se ha de decir en primer lugar que ambos textos se unen y confluyen en su carácter apremiante y urgente de “manifiesto”: Martí, como antes Maquiavelo, hace de su ensayo una declaración obvia de principios e intenciones y apela, como el filósofo renacentista, al poder imparabile de las ideas, a la necesidad urgente de acción y a la convicción de que es posible una reforma positiva del marco político de sus contemporáneos.

El utopismo de Maquiavelo reside, como lo describió Althusser, en “[pensar] las condiciones de posibilidad de una tarea imposible de realizar”.¹⁹ Martí, como Maquiavelo, aspira a la materialización

¹⁵ Martí, *Nuestra América* [n. 1], pp. 158, 159, 167.

¹⁶ Jiménez, “Introducción”, en *ibid.*, p. 16.

¹⁷ Citado en Rodney Rodríguez, *Momentos cumbres de las literaturas hispánicas: introducción al estudio literario*, Upper Saddle River, NJ, Pearson Prentice Hall, 2004, pp. 528-529.

¹⁸ Por ejemplo, “utópico” y “romántico” unidos, *ibid.*, p. 106.

¹⁹ “[Thinking] the conditions of possibility of an impossible task”, Althusser, *Machiavelli and us* [n. 11], p. 52.

histórica de una realidad o identidad política que ni existe ni tiene visos de existir en un futuro cercano. El talante idealista de *Nuestra América* se manifiesta con toda su fuerza en el párrafo que cierra el ensayo. Aquí Martí acumula y multiplica las sentencias conciliadoras y utópicas. Martí cree firmemente, casi vehementemente, no sólo en la hermandad universal de las razas (“No hay odio de razas, porque no hay razas”) sino también en la unión tácita y urgente del alma continental (“¡Porque ya suena el himno unánime!”). Invita incluso a superar la antipatía aldeana contra “el gigante de siete leguas” estadounidense, al que designa, con una metonimia deliciosa, como “el pueblo rubio del continente”, al que no hay que suponerle “una maldad ingénita y fatal”.²⁰ Pero Martí concluye su ensayo con una evocación exclamatoria a “la semilla de la América nueva”, y así afirma al mismo tiempo el carácter novedoso de la emergente entidad político-geográfica hispanoamericana pero también el estatus de “semilla” que caracteriza al proyecto.²¹

El carácter utópico de ambos textos difiere sin embargo en un aspecto importante, en un punto de inflexión que distancia filosóficamente a los dos autores. Se podría definir de manera un tanto simplista como el contraste entre una concepción pesimista u optimista de la naturaleza humana. Martí, el optimista, parece creer al hombre hispanoamericano capaz de superar la inquina divisoria. José Olivio Jiménez habla de una intuición metafísica poseída por Martí, “la fe en el hombre, en el hacer y el hacerse del hombre sobre la tierra”.²² Martí parece incluso luchar desesperadamente contra sí mismo en la promoción del espíritu universal panamericano por justificar al mismo tiempo las diferencias regionales y las contiendas bélicas entre naciones hispanas (“las preocupaciones nacionales”, las llama él). Son casi juegos malabares que Maquiavelo, de espíritu eminentemente más pragmático, descarta plenamente como un error de principio. Para el estadista florentino es imprescindible tomar en consideración las limitaciones propias de la naturaleza humana: los defectos de todo ser humano impiden pensar que cualquier entidad política, o la vida política de cualquier entidad nacional, pueda ser perfecta y armonizarse por sí misma. El filósofo y pensador Isaiah Berlin interpreta este aspecto del pensamiento de Maquiavelo de la siguiente manera:

²⁰ Martí, *Nuestra América* [n. 1], pp. 167 y 158, respectivamente.

²¹ *Ibid.*, p. 168.

²² Jiménez, “Introducción”, en *ibid.*, p. 26.

Lo que se tiene que hacer debe ser definido en términos de lo que es predecible, no imaginario; el arte de gobernar se preocupa por tomar medidas dentro de los límites de la posibilidad humana, tan amplia como ésta sea posible; los hombres pueden cambiar, pero no en un grado fantástico. Promover medidas irreales, aplicables sólo a los ángeles ... es idealista e irresponsable y lleva a la ruina.²³

5

ESTÁ claro que una multitud de diferencias (de género literario, de estilo, de objetivo, de tema, de cosmovisión, de lengua, de continente, de periodo histórico) separan a Martí de Maquiavelo y que las similitudes que pueden existir entre ellos son inferiores cuantitativamente a las diferencias existentes. Pero no debe importarnos demasiado ni el número exacto de similitudes ni si éstas son más o menos abundantes que las disimilitudes, lo que debe importarnos es más bien el *talante* de dichos paralelos: cada analogía tiene el carácter innato de *punte*, de estructuras intelectuales *a priori* invisibles pero destinadas a crear conexiones y que, en el texto de Martí, sugieren evocaciones del problema que trató Maquiavelo.

La clave de tal relación se establece en primer lugar, sin duda, por la naturaleza de “clásicos” que ambos textos han alcanzado. El propio Maquiavelo ilustra este punto con su experiencia autobiográfica cuando explica, en su famosa carta a Francisco Vettori del 10 de diciembre de 1513, la intensa relación tanto intelectual como espiritual que establecía con los grandes autores del pasado grecorromano cuando se sentaba cada noche en su cámara de estudio, revestido elegantemente de sus ropas curiales:

Entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde [soy] recibido por ellos amorosamente [...] donde no me avergüenza hablar con ellos y preguntarles la razón de sus acciones; y éstos, por su humanidad, me responden; y durante cuatro horas no siento enojo alguno; olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me atemoriza la muerte: tal es mi compenetración con ellos.²⁴

²³ “What ought to be done must be defined in terms of what is predictable, not imaginary; statecraft is concerned with action within the limits of human possibility, however wide; men can be changed, but not to a fantastic degree. To advocate ideal measures, suitable only for angels ... is visionary and irresponsible and leads to ruin”, Isaiah Berlin, “The originality of Machiavelli”, en *id.*, *The proper study of mankind* (1972), Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1998, p. 290.

²⁴ Citado por Martínez Arancón, est. preliminar, en Maquiavelo, *El Príncipe* [n. 2], pp. xxiii-xxiv.

Una reacción similar tiene el lector sensible y atento de hoy al leer *Nuestra América* y más aún al desmenuzarlo bajo el prisma de *El Príncipe*. Coinciden ambos textos en la novedosa *actualidad* que parecen destilar para el estudioso que los lee en un presente separado por el abismo de los siglos. “Aún hoy en día, Maquiavelo nos afecta y nos agarra con fuerza desconcertante”; “es como si, por un milagro que requiere elucidación, fuésemos los coetáneos de sus primeros lectores anónimos”, escribía a finales de los ochenta Althusser.²⁵ Del universalismo de Martí dejan constancia juicios como el de José Olivio Jiménez, editor de sus ensayos y crónicas en 2012, al hablar de la “más rigurosa actualidad” de su prosa y decir del cubano que “sigue siendo un auténtico guía espiritual de la humanidad, el mayor que en tal sentido ha dado Iberoamérica, y aún más allá de estos límites”.²⁶ De *Nuestra América* en particular escribía el hispanista José Luis Gómez-Martínez de la Universidad de Georgia que “trasciende su época. Hoy nos parece todavía actual en el contexto iberoamericano”.²⁷

Se establece así, pues, un triple diálogo. El de las dos obras entre sí en primer lugar. El de ambas con la subjetividad y espíritu crítico del lector de cada época, en segundo lugar. Por último, entre ambos autores y el mundo contemporáneo de hoy. En consecuencia, en este diálogo que se entabla es inevitable preguntarse cuál es la proyección del texto de Martí en el presente, en otras palabras, qué distancia media en realidad entre el pasado hispanoamericano que describe Martí y el estado de salud de nuestra América contemporánea. Es decir: hay que preguntarse si se ha avanzado en el proceso de emancipación política e intelectual; si se ha acudido a modelos autóctonos para educar a las nuevas generaciones de políticos y ciudadanos latinos; si se ha sacudido el dominio colonialista que tan poderoso ha sido en su historia; si se ha apelado a la originalidad de la región para crear un modelo nuevo de nación hispana.

Responderé a esta cuestión echando mano de esa veta inagotable que constituye el comentario de uno de los grandes genios

²⁵ En la traducción inglesa: “Even today, Machiavelli touches and grips us with disconcerting strength”; “The sense we share too, as if, by a miracle that requires elucidation, we were the contemporaries of his first anonymous readers”, Althusser, *Machiavelli and us* [n. 11], pp. 14 y 3, respectivamente.

²⁶ Cf. Jiménez, “Introducción”, en Martí, *Nuestra América* [n. 1], pp. 15-16.

²⁷ José Luis Gómez-Martínez, “Reflexiones para una lectura: *Nuestra América*” (2011), en *Proyecto ensayo hispánico (Ensayo: Textos)*, en DE: <<http://www.ensayistas.org/curso3030/textos/ensayo/nuestra-america-r.htm>>. Consultada el 25-XI-2014.

hispanoamericanos, el fallecido escritor Gabriel García Márquez. La lectura de varios de sus emblemáticos discursos o artículos en torno de la problemática identitaria de la Hispanoamérica actual rebosa de ecos martianos y recuerda vivamente tanto los problemas evocados como la articulación intelectual y el fondo ideológico de *Nuestra América*. Citaré en particular dos escritos. El primero es un artículo publicado en París en 1999: en el umbral del nuevo milenio, García Márquez filosofaba de manera escueta pero sagaz sobre la coyuntura de su querida América Latina. El segundo es el discurso promulgado en la ceremonia de entrega del Premio Nobel, el día 8 de diciembre de 1982, en Estocolmo.²⁸ Ciertamente, entre 1982 y hoy han pasado más de treinta años, periodo en el cual se han consolidado avances importantes, si no en todas, al menos en algunas naciones hispanoamericanas (Chile y Uruguay, por ejemplo). Pero —más o menos un siglo después de la publicación de *Nuestra América*— García Márquez reflejaba en sus palabras una situación de dislocación y desencanto que con el paso del tiempo parece tornarse más genética, natural e innata que estado pasajero de la identidad hispanoamericana.

En su artículo de 1999 García Márquez escribía que América había terminado “por ser un laboratorio de ilusiones fallidas” y que a la acusación del escritor italiano Giovanni Papini de que estaba hecha de los desperdicios de Europa sólo había que añadir: “Hoy no sólo tenemos razones para sospechar que es cierto, sino algo más triste: que la culpa es nuestra”.²⁹ En “La soledad de América Latina”, discurso de aceptación del Premio Nobel, García Márquez aludía al foso insalvable que separa al Viejo Mundo del Nuevo: Los europeos y los anglosajones se han quedado

sin un método válido para interpretarnos. Es imposible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad *con esquemas ajenos* sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez más solitarios”.³⁰

²⁸ Me refiero a “Ilusiones para el siglo XXI” (1999) y a “La soledad de América Latina” (1982), ambos en Gabriel García Márquez, *Yo no vengo a decir un discurso*, Nueva York, Vintage Español, 2010, pp. 123-124 y 21-29, respectivamente.

²⁹ *Ibid.*, p. 123.

³⁰ *Ibid.*, pp. 25-26. Las cursivas son mías.

Y un poco después añadía García Márquez lamentándose, como Martí, del sufrimiento crónico que sigue azotando a América: “No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a tres mil leguas de nuestra casa”.³¹ García Márquez terminó su discurso *à la Martí*, lanzando un mensaje de unidad y optimismo, apelando una vez más a la comunión de los “hombres buenos” contra la intolerancia y la cortedad de miras:

Nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.³²

Palabras conmovedoras, utópico postulado que parece herencia directa de la rotunda afirmación martiana en *Nuestra América*: “Se empieza, como sin saberlo, a probar el amor”.³³

³¹ *Ibid.*, p. 27.

³² *Ibid.*, pp. 28-29.

³³ Martí, *Nuestra América* [n. 1], p. 165.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis, *Machiavelli and Us*, François Matheron, ed., Gregory Elliott, trad., Londres, Verso, 1999; originalmente en francés en *Écrits philosophiques et politiques*, París, Éditions Stock/IMEC, 1995, tomo II.
- Berlin, Isaiah, “The originality of Machiavelli”, en *id.*, *The proper study of mankind* (1972), Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1998, pp. 269-325.
- García Márquez, Gabriel, *Yo no vengo a decir un discurso*, Nueva York, Vintage Español, 2010.
- Gómez-Martínez, José Luis, “Reflexiones para una lectura: *Nuestra América*” (2011), en *Proyecto ensayo hispánico (Ensayo: Textos)*, en DE: <<http://www.ensayistas.org/curso3030/textos/ensayo/nuestra-america-r.htm>>. Consultada el 25-XI-2014.
- Machiavelli, Niccolò, *Il Principe*, Darwen, Lancashire, Reino Unido, Plutone Edizione Digitali, 2010.
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe/La Mandrágora*, 8ª ed., Helena Puigdoménech, ed. y trad., Ana Martínez Arancón, est. preliminar, Madrid, Cátedra, 2003.
- Martí, José, *Ensayos y crónicas*, 2ª ed., José Olivio Jiménez, ed. e “Introducción”, Madrid, Cátedra, 2012.
- Rodríguez, Rodney T., *Momentos cumbres de las literaturas hispánicas: introducción al estudio literario*, Upper Saddle River, NJ, Pearson Prentice Hall, 2004.
- Rotker, Susana R., *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992.

RESUMEN

Aunque separados por importantes diferencias lingüísticas, conceptuales, cronológicas y estilísticas, *Nuestra América* de José Martí y *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo presentan interesantes concomitancias y se prestan a establecer productivos puentes comparativos. En la actualidad ambos autores han adquirido condición de “clásicos”: trascienden épocas y su mensaje parece siempre actual y vigente. En particular, *Nuestra América* se ha convertido, con el paso del tiempo, en un texto canónico para el estudio de la identidad y la cultura de América Latina, de esos tópicos trata el presente artículo.

Palabras clave: identidad de América Latina, historia de las ideas América Latina siglos XIX-XXI, vigencia José Martí.

ABSTRACT

Despite their differences in terms of language, concepts, style, and chronology, José Martí's *Nuestra América* and Niccolò Machiavelli's *The Prince* present interesting similarities that work as productive comparative bridges. Both texts are now considered “classics” since they transcend the historical periods when they were written, and their message continues to be topical and relevant. Over time, *Nuestra América*, particularly, has become a canonical text for understanding Latin American identity and culture.

Key words: identity in Latin America, history of ideas, Latin America 19th-21st centuries, José Martí's topicality.